



Relación verídica - si no me engaño,  
de una pulga fenómeno - que hizo gran daño  
Tan grande fué,  
que si todos me escuchan - lo explicaré.

Escuchad caros lectores  
un caso particular  
que es muy digno de contar  
de una pulga y sus furores.

En la ciudad no se cuantos  
yo no me acuerdo en qué día,  
una pulga allí corria  
al año de mil y tantos.

Prestadme ahora atención

que mi voluntad delira  
de una verdad cual mentira  
haceros la relación.

La pulga estaba brincando  
para buscar su sustento,  
y en aquel mismo momento  
halló lo que iba buscando.

Pasaba una gran señora  
por una calle desierta...

Y la pulga dijo: «alerta,  
que ya ha llegado mi hora.»

De un brinco le salta al pié,  
y le subió pierna arriba;  
señores a donde iba...  
francamente, no lo sé.

La señora empieza a voces,  
a gritos; según discurro,  
y se puso como un burro  
repartiendo dos mil coces.

Acudió la vecindad  
a ver lo que sucedía,  
pues la señora pedía  
socorro con ansiedad.

La pulga temiendo un trueno  
de donde estaba escapó,  
y de un salto se metió  
en la nariz de un sereno.

Aquel hombre estornudaba,  
lloraba, se deshacía,  
y alborotando decía  
a ver quien se la quitaba.

Y dando un fuerte estornudo,  
la pulga con agilidad  
se metió, y esto es verdad,  
dentro la oreja de un mudo.

Como no podía hablar,  
golpes a ella se daba,  
sin saber que le pasaba:  
volviósela a golpear.

Y la pulga en tal ruido  
de aquella oreja saltó  
y enseguida se escondió,  
pero se ignora en que nido.

Hasta que una vieja un día,  
que noventa años contaba,  
de continuo se rascaba  
sin saber lo que tenía.

En la cama ella se estaba  
sin sosiego y sin dormir;

nó podía discurrir  
lo que a sus carnes picaba.

Mas por fin se levantó  
y con muchísima prisa  
¡zás! se quitó la camisa...  
es decir, se desnudó.

En una parte arrugada  
de su cuerpo amarillento,  
halló luego su tormento,  
vióse una pulga agarrada.

Se la quitó con destreza;  
ya en sus manos la tenía  
y exclamó: «Ave María,  
Jesús que horrible cabeza».

Y aunque sea cosa extraña;  
una vieja nunca miente,  
la cabeza solamente  
era como una castaña.

Y al ver fenómeno tal,  
todas las puertas cerró,  
y alimento procuró  
a aquel horrible animal.

Porque la vieja taimada  
quería hacerla engordar  
para poderla enseñar  
a cuatro cuartos la entrada.

Para que gorda se hiciera  
le daba ella cada día,  
y a fe que se los comía,  
seis hígados de ternera.

La vieja por su interés,  
provisiones le dejó,  
cogió la llave y cerró,  
y se ausentó por un mes.

Al cabo de quince días  
de estar la pulga cerrada,  
no pudiendo comer nada  
empezó sus tropelías.

Hacia puertas crugir,  
y los tabiques temblar,

no cesaba de saltar,  
porque quería salir.

Tan gorda se había hecho  
que en la estancia no cabía  
y con un salto aquel día  
hizo levantar el techo.

Todo el tejado se hundió;  
y aquella estancia fatal  
le servía de corral  
porque salir no alcanzó.

No cesaba de gruñir;  
con tal estruendo chillaba,  
nadie allí descansaba,  
nadie podía dormir.

Por encima los tejados  
los vecinos le llevaban  
comida que recaudaban  
por no verse atormentados.

Se comió en un sólo día  
tres mil arrobas de pan  
cocido con alquitrán,  
y bastante no tenía.

Siendo el gasto extraordinario  
hicieron sin dilación  
una nueva suscripción  
pues la llevaba el diario.

Cuando lo había tragado,  
volvía a meter ruido  
como aquel que no ha comido,  
y el pueblo estaba aterrado.

Como era tanto el temor  
que sentía aquella gente,  
arreglaron de repente  
una cosa superior.

Queriéndola emborrachar  
hicieron un desatino;  
diéronla cubas de vino  
para hacerla reventar.

Nada con esto alcanzaron  
la pulga de día en día

doble más gorda se hacía  
y sin provecho quedaron.

Aquella vieja maldita,  
que la tal pulga crió  
aquel día apareció  
por ver a su favorita.

Así que quería entrar  
aquella bruja en su nido  
empezó un fuerte ruido,  
todo empezaba a temblar.

Las paredes reventaron,  
de polvo se cubrió todo,  
y por fin de ningún modo  
aquella gente escaparon.

Salió la pulga saltando;  
y así que a la vieja vió,  
de un bocado la tragó  
y así fué continuando.

Y es tanto lo que sufrieron  
toda aquella honrada gente,  
que al instante y de repente  
todos comidos se vieron.

La pulga sin dilación,  
todo saltando y hambrienta  
se presentó corpulenta  
a otra grande población.

Todo el mundo allí se armó  
al ver fenómeno tal;  
quien con palo, con puñal,  
escopetas... que sé yo.

Pues ninguno se atrevía  
a ponérsele delante  
por conocer su semblante  
porque a todos se comía.

Salieron en el momento  
veinte y cuatro batallones  
junto con diez escuadrones  
para darle un escarmiento.

La pulga nada temía,  
porque a buenas ni a malas

nada le hacían las balas,  
y menos la caballería.

Cuarenta cañones salieron  
con todos sus artilleros;  
pronto cargaron ligeros  
y presto el fuego rompieron.

Una bala la acertó  
pues salió con tal arrojío  
que se le metió en un ojo  
y así tuerta se quedó.

Que brincos y que bramidos  
cuando un ojo le quitaron;  
los soldados se quedaron,  
helados, despavoridos.

La pulga, si puedo hablarlo,  
allí a todos se comió,  
pues uno solo quedó  
y este fué para contarlo.

Este viendo a su adversario  
huyó por puerta secreta,  
y se subió a la veleta  
del más alto campanario.

La pulga saltando huyó  
con toda severidad  
a buscar otra ciudad,  
pero a ella no llegó.

A la mitad del camino,  
se le presentó a su vista  
un cabecilla carlista  
que estaba encima de un pino.

Mordió el tronco el animal;  
el carlista cayó al suelo,  
y lo mismo que un caramelo  
se lo tragó: ¿eh, que tal?

Al poco rato que andaba,

*El que no quiera creerlo, que vaya a verlo.*

el buche sintió dolores;  
chillidos aterradores  
sin cesar la pulga daba.

¿Sabéis lo que sucedió?  
que del último tragón  
no hizo la digestión  
señores, y reventó.

Con que ya podeis contar  
el estruendo atronador,  
si causó en España horror,  
pues todo se echó a temblar.

Que estragos que sucedieron:  
en todas las capitales  
ya no quedaron cristales  
porque todos se rompieron.

Enseguida mucha gente  
en aquel punto acudió;  
y lo que allí se encontró,  
muelas y uñas solamente.

Y de sus uñas y muelas,  
hicieron los extrangeros  
para todos los boleros  
seis pares de castañuelas.

Para todos los de España,  
por boleros y boleras,  
eso lo digo de veras;  
quien lo dice no os engaña.

Lectores, si os ocomoda,  
el resultado veis ya,  
pues desde entonces acá  
el bailar es la gran moda.

Y pues que todos bailamos  
al son de las circunstancias,  
por muchos son las ganancias  
pero al fin todos pagamos.

ES PROPIEDAD DE ALMACENES «LA FLECA».

REUS.—Almacenes LA FLECA, calle Aleus, núm. 1.—En dicha casa hallarán un gran surtido de historias, libros, sainetes, romances y estampas, todo bueno y barato.—Además, encontrarán en la misma casa, gran surtido en paraguas, sombrillas, abanicos, monederos, petacas, carteras, boquillas, etc. etc. Todo a precios muy baratos.